

SECCIÓN CULTURAL

GUILLERMO QUARTUCCI

Japón

EN EL 10o. FESTIVAL INTERNACIONAL Cervantino, llevado a cabo en varias ciudades de México, entre el 23 de abril y el 13 de mayo de 1982, se presentó el Ballet Folclórico de Japón, que no fue el único en su género ya que también lo hicieron similares grupos de Egipto, Nigeria, Filipinas y Tailandia. Resulta curioso comprobar que de los países de Asia y África que estuvieron presentes, todos ofrecieron espectáculos de danza, supuestamente debido a la universalidad de ese lenguaje, que no requiere del conocimiento del idioma para ser comprendido. (Sin embargo, Polonia, la Unión Soviética, la República Federal de Alemania, Grecia, etc., estuvieron representados por grupos teatrales que, más allá del relativo "exotismo" de sus lenguas, lograron una buena comunicación con el público). En el caso del Ballet Folclórico de Japón, la selección de danzas ofrecidas fue un claro exponente de la riqueza del folclor de aquel país, muchas veces relegada a un segundo plano por la difusión en el exterior de la cultura tradicional y aristocrática (teatro Nō, ceremonia del té, ikebana, etc.) o urbana popular (kabuki, sumō, bunraku, etc.). La sociedad rural japonesa constituyó el elemento fundamental del país hasta época reciente, en que la rápida industrialización vino a acabar con ella. Como tal, produjo manifestaciones culturales que aún hoy, cuando el campo ha dejado de ser el centro vital de la vida japonesa, permanecen en la memoria del pueblo: *minzoku buyo* (danzas folclóricas) y los *matsuri* (fiestas populares) son dos claros ejemplos de la pervivencia de las tradiciones rurales. Prácticamente, cada distrito de Japón cuenta con sus propias canciones y danzas, conservadas por generaciones. Casi todas ellas se refieren a escenas de caza o pesca, cultivo y cosecha del arroz, los cambios de estaciones, por un lado, acontecimientos históricos encarnados en héroes populares, en enfrentamientos con lo maravilloso tomados de las mitologías regionales y de las grandes obras de la literatura popular, por el otro. Es decir,

todo lo relacionado con la vida cotidiana y con los sueños y temores surgidos de la imaginación colectiva. Curiosamente, lejos de la solemnidad de la cultura japonesa "alta", el folclor goza de una espontaneidad y frescura que muy pocos extranjeros pueden imaginar. El Ballet Folclórico de Japón, dirigido por Kimura Hideo, recoge en toda su belleza esos atributos. Acompañados por un grupo de ejecutantes de instrumentos tradicionales —*shamisen* (guitarra de tres cuerdas), *shakuhachi* (flauta), *taiko* (tambor) y otras formas de percusión— los bailarines, con su técnica perfecta, encarnan una gran variedad de situaciones y personajes: danza del venado, danza del espadachín del diablo, danza de las sombrillas, danza de la garza, danza del caballo salvaje, etc. Uno de los momentos culminantes del espectáculo es la *Danza de la serpiente* que describe la leyenda del príncipe Susano enfrentado a dos serpientes gigantes que asolan la región y a las que finalmente vence. En sus orígenes se trataba de un *kagura* (representación musical del culto shintoísta) que incluía diálogos. En la actualidad, este tipo de danza narrativa se encuentra principalmente en las cercanías de Hiroshima, donde por largo tiempo ha existido un grupo de bailarines dedicados a representar historias tomadas de mitos y leyendas que aparecen en el *Kojiki* y el *Nihonshoki*. La representación en el Cervantino de este número impresionó por el complicado juego escénico y por la destreza de los bailarines.

Todo el espectáculo nos recuerda de manera brillante el carácter fundamentalmente campesino de la cultura japonesa. Pensar tan sólo en ese país en su carácter de productor de alta tecnología moderna es ignorar un aspecto básico de su naturaleza.

India

El cine indio ha estado presente en las pantallas de México a través de cuatro películas que resultaron una muestra interesante de lo que en el campo artístico se viene realizando en los últimos años.

Shakespeare Wallah (1975) dirigida por James Ivory, aunque de origen británico, puede considerarse en parte india porque se filmó en la India y por la inclusión en su reparto de algunos famosos actores de ese país. Narra la vida de una familia de cómicos ambulantes ingleses que recorre las ciudades ofreciendo representaciones de Shakespeare. La hija es nacida en la India y nunca ha conocido la tierra de sus padres. Al enamorarse de un actor indio se suscitan una serie de cuestiones acerca de su identidad (¿es india o inglesa?) y finalmente el fracaso la lleva a abandonar la tierra que ama para integrarse a una sociedad que todos le dicen ser la suya. Filme romántico y melancólico, en sus apuntes costumbristas revela una auténtica comprensión de ciertos problemas específicos de la India.

Sociedad anónima (1971), de Satyajit Ray, el famoso director de *Pather Panchali*, encara un aspecto nuevo de la sociedad india: la de la burguesía bengalí arrojada de pronto al mundo de la industria y de las altas finanzas. La historia se centra en un ejecutivo de Calcuta, joven y ambicioso, que no repara en obstáculos para seguir su carrera ascendente. Mudo testigo de su paulatina degradación como ser humano es su cuñada, llegada de visita desde la provincia. La lucha sorda que se entabla entre ellos —ella es una joven que todavía conserva sus ideales humanos— crea un tenso contrapunto, casi no expresado en palabras, que culmina en la escena del protagonista, solo, sentado en la sala de su casa, mientras el ventilador del techo (elemento dramático de la acción) sigue girando inexorable.

Días y noches en el bosque (1969), también de Satyajit Ray, presenta una situación similar pero desde otra perspectiva: cuatro hombres de la nueva clase media, cansados de la vida tensa de Calcuta, deciden ir al campo para descansar. El encuentro con dos mujeres que veranean en la casa del padre campesino de una de ellas y el enfrentamiento con las costumbres y pobladores del lugar, les hacen comprender cuánto han perdido de autenticidad en sus actuales vidas. El bosque, testigo silencioso de sus pequeños dramas, los envuelve con su sabiduría de siglos. La película, de una intensidad poco común

en cualquier cinematografía, fascina por su belleza y golpea con su mensaje de desesperanza.

El bosque (1974), de Girish Karnad, es casi un documental antropológico donde ficción y realidad se entrecruzan naturalmente. A través de una historia de infidelidad conyugal, de ribetes casi shakespereanos, la película nos introduce en el mundo mágico y violento de una comunidad rural donde no han llegado todavía las instituciones de la "civilización". El punto de vista es el de un niño, Kitti, ante cuyos ojos azorados desfilan las irracionalidades del mundo de los adultos. Su huida final por el bosque es una de las escenas más intensas y conmovedoras de este pequeño pero valioso ciclo de cine indio presentado en México.

China

Como decíamos en otra ocasión, en la actualidad los límites que separan a lo que tradicionalmente se consideraba "cultura" son cada vez más imprecisos. En el caso de China, la decisión de iniciar una campaña de forestación del país, con la participación de todos los chinos mayores de once años, puede convertirse en un descomunal acto de "cultura", especialmente en momentos en que los desastres ecológicos asolan a la mayor parte del mundo. En efecto, en diciembre de 1981, el Congreso Nacional del Pueblo, aprobó una resolución por la que se llama a todos los mayores de once años a participar en la campaña de plantar y cuidar cinco árboles anuales por persona, sembrar y mantener viveros y otras tareas relacionadas con el acrecentamiento de los espacios verdes. La resolución destaca el hecho de que la forestación se ha convertido en uno de los problemas urgentes de China. En la primavera de 1982, obreros urbanos se dirigieron en masa a plantar árboles a lo largo de calles y áreas adyacentes, así como brigadas comunales comenzaron a participar en el proceso que se ha dado en llamar "hagamos verde a China". Para enfatizar la importancia de la campaña, Hu Yaobang, Deng Xiaoping, Zhao Ziyang y otros líderes del Estado y del Partido Comunista también plantaron árboles.

A mediados de mayo, ya cerca del final de la época adecuada para plantar árboles, se habían completado 2.33 millones de hectáreas, con un total de 1 100 millones de árboles. No obstante, la campaña se encuentra en su etapa inicial. El trabajo se ha cumplido satisfactoriamente en las ciudades pero ha dejado bastante que desear en áreas rurales remotas, donde no ha podido pasar el límite de los preparativos. Ello se debe a la escasez de viveros y al poco cuidado otorgado a los árboles que fueron plantados.

Relacionado con esta campaña de forestación, el mirto, árbol que en chino se conoce como "rojo cien días" por el tiempo que dura su floración, está embelleciendo más y más las calles y parques de algunas ciudades. Además de sus cualidades estéticas, presenta una gran resistencia ante el dióxido sulfúrico —producto contaminante de la industria— además de neutralizarlo, con lo que purifica el aire. Por su adaptabilidad tanto a los rayos solares como a la penumbra, a la humedad como a la sequía, el mirto puede ser plantado en prácticamente cualquier parte: alrededor de las fábricas, a lo largo de las carreteras, en jardines, junto a lagos, etcétera.

Una vez más, la milenaria China, con su estética nunca separada del utilitarismo, nos muestra a los pueblos del Tercer Mundo que la "cultura", si se la busca, se encuentra al alcance de la mano.